
ACTO CUARTO

Habitación modesta y desordenada en casa de Federico. La puerta de la derecha conduce á la alcoba; la del fondo á la sala. Por la de la izquierda entran los que vienen de la calle. Una mesa. Sobre ella papeles, libros, tazas, tintero, todo colocado desordenadamente.)

ESCENA PRIMERA

LEONOR (que entra de la calle); BÁRBARA

BÁRB. Que no la engaño á usted. No está.

LEONOR. Sí que está... Pásele recado. (Con altanería.)

BÁRB. Pero señora... (Aparte.) ¡Qué modos!

LEONOR. A mí no puede negarse. Dígale usted que soy Leonor... (Bajando la voz.) Leonor. Sé que está enfermo, y por eso he venido. Tengo que hablarle con precisión.

BÁRB. Vaya, le diré la verdad. (Bajando la voz y señalando á la derecha.) Está, sí... pero se ha echado un rato... Creo que ha cogido el sueño. Pasó muy mala noche, y por nada del mundo le despertamos.

LEONOR. Pero qué tiene?... Tu abandono... falta de asistencia. No saben ustedes cuidarle.

BÁRB. ¿Que no? Anoche, mi hermana y yo no hemos pegado los ojos... Tacitas de té y de tila, copas de Jeréz, cucharaditas de cloral, qué sé yo... Con nada se calmaba. Delirando toda la santa noche. Ya nos decía frases cariñosas, ya palabras malsonantes que

la avergüenzan á una. Y á lo mejor se echaba de la cama, se vestía de prisa y corriendo, y andaba por toda la casa hablando con... con nadie, porque nadie había; pero él hablaba como si viera fantasmas, ó personas figuradas por su imaginación. Pues esta mañana... crea usted que partía el corazón.

LEONOR. ¿Qué... qué hacía?

BÁRB. En su alcoba, junto á la cama, tiene un retrato de su mamá, en un cuadro magnífico ¡cosa buena!, así como de un palmo. Pues hoy, serían las nueve, después de hacer y decir mil disparates, descolgó el retrato, y abrazándole como se abraza á un niño, le daba besos y le decía cosas... ¡Ay! mi hermana y yo nos echamos á llorar, y estábamos todos en casa como si se nos hubiera muerto alguien.

LEONOR. Pobrecito!

BÁRB. (Acercándose de puntillas á la puerta de la izquierda.) Me parece que está despierto y levantado, sí...

LEONOR. ¡Ah! sí... aquí está. (Entra Federico por la derecha leyendo en un devocionario.)

BÁRB. Aquí tiene una visita. (Federico no contesta, absorbo en la lectura.)

LEONOR. Pero chico... que estoy yo aquí.

FEDERIC. ¡Ah!... Leonorilla. (Vuelve á leer.)

BÁRB. Por las trazas, tenemos en casa á la mismísima *Peri*. (Váase.)

ESCENA II

LEONOR; FEDERICO

LEONOR. Aquí me tienes. Te escribí... no me contestaste, ni fuiste por allá. (Observando que Federico, sin hacerle caso, se sienta con muestras de cansancio, y vuelve á fijar

su atención en el libro.) Pero, hijo, qué manera de recibir visitas!

FEDERIC. ¡Ah! sí, dispensa... Léala... Este es el libro de oraciones de mi madre... el recuerdo más vivo que conservo de ella... Mi madre fué una santa, Leonor, una mártir. (Leonor hace un movimiento para coger el libro.) No, no... quita. Esto es sagrado, y no puede ir á tus manos.

LEONOR. ¡Ay! es verdad.

FEDERIC. Te permito tocarlo... nada más que aplicar la punta de los dedos... (Leonor lo toca.)

LEONOR. A ver si se me pega algo.

FEDERIC. Basta...

LEONOR. No... verás cómo no se me pega nada.

FEDERIC. ¡Ah! antes que se me olvide. (Deja el libro sobre la mesa, y abre un cajón de la misma, saca billetes y se los enseña.) Mira.

LEONOR. ¡Billetes! ¡Ay! Déjame que los toque... Me muero por ellos.

FEDERIC. Para tí los quería.

LEONOR. ¡Chico!... ¿Qué? te ha soplado la musa?

FEDERIC. Con un poco de suerte, y algo que me dió mi padre ayer, al partir para Inglaterra, he reunido eso, que es para tí. No te doy la cantidad completa que me prestaste. El resto... cuando se pueda.

LEONOR. (Cogiendo los billetes.) ¡Ay, hijo de mi alma! Dame acá. Me hace una falta atróz. ¡Qué bonito es tener dinero! Él será todo lo vil que se quiera; pero ¡qué aburridos vivimos cuando no le vemos la cara!

FEDERIC. Venías por él?

LEONOR. No; es que tenía que hablar contigo de un asunto. (Aparte.) No me atrevo á decirselo. Me da mucha pena. (Alto.) Por lo que veo, nada en la opulencia.

FEDERIC. ¿Nadar yo? Dí más bien que pataleo. Ya no tengo salvación. Cuando salgo de un compromiso, casi de milagro, viene otro, y después otro. Corren hacia mí, pisándose la cola. No veo ni aun probabilidades de evitar la insolvencia y la deshonra. (Sombriamente.) Soy hombre perdido.

LEONOR. No te aflijas, tontín. Confía en Dios. Puede que te caiga una herencia.

FEDERIC. (Agitado.) ¡Una herencia! Leonor... tus bromas me lastiman.

LEONOR. Pues yo también ando mal. Tengo que inventar algún negocio. Debo más que el Gobierno, y ese condenado *gaditano* va á dar con mis pobres huesos en un hospicio. Ahora está conmigo hecho una confitura. Como que necesita cuartos. Pues dice que soy yo otra como *La Traviatta* (riendo), y que él me va á redimir, á volverme honrada, y qué sé yo qué... ¡qué risa! Parece que ahora va á venir su padre, para quitarle de mí y llevárselo, y él pretende que, cuando su papá venga á verme, haga yo el papel de tísica arrepentida, tosiendo con sentimiento, y pintándome ojeras... vamos, como *La Traviatta*, para que el buen señor se ablande y nos eche su santa bendición... ¡qué risa! Con estas pampinas, ello es que me está dejando por puertas. (Federico se muestra triste y caviloso, sin prestarle atención.) ¿Pero qué tienes hoy? ¿Estás enfermo... ¿qué te pasa?...

FEDERIC. Ya puedes figurarte... ¡Me pasan tantas cosas... tantas...!

LEONOR. Á mí no me la pegas tú. ¿Por qué no me confías tus secretos? Sé lo que son penas, y en lo tocante á penas de amor, no hay quien me gane. Podría po-

ner cátedra de esto en la Universidad, y saldría yo con mi birrete color de rosa, y mi toga de batista, á explicar á los chicos el tratado de fatigas de amor.

FEDERIC. ¡Qué mona eres!... Figúrate cómo estaré, que ni con tus gracias puedo reirme.

LEONOR. (Aparte.) Malo está el pobre... No, no se lo digo... me volveré á casa sin decírselo...

FEDERIC. Y...?

LEONOR. Qué?

FEDERIC. ¿No tenías algo que decirme?

LEONOR. Sí... pero no... no era nada. (Aparte.) Pues sí, más vale que lo sepa, aunque le duela. (Alto.) Escucha... ¿te lo digo?

FEDERIC. Sí, mujer.

LEONOR. Sí, aunque te desagrade, es mejor, para que estés prevenido. Anteanoche, en casa, Malibrán se desbocó.

FEDERIC. ¿De veras?

LEONOR. El condenado vació de golpe el saco de las picardías, y allí saliste, chico, allí salió también ella... En fin, que lo sabemos todo. Basta de comedias conmigo.

FEDERIC. ¿La nombró? (Con vivo interés.) ¿Pero la nombró?...

LEONOR. Claro que sí. Los nombres son la salsa de estos guisos.

FEDERIC. Repíteme todo, todo lo que hablaron, aunque sea lo más indigno, lo más...

LEONOR. ¿Todo, todo?... Pero mira, no te enfades. Son cosas que dicen los hombres cuando hablan unos de otros... borricadas, simplezas. Ya puedes comprender. Es de clavo pasado que, tratándose de señora rica y galán pobre, lo primero que se ha de decir es que ella le paga las trampas.

FEDERIC. No, no dirían tal atrocidad.

LEONOR. Sí que lo dijeron. Me parece que fué el marqués...

FEDERIC. ¿Y tú te callaste?

LEONOR. Buena soy yo para callarme, tratándose de tu honor, que es lo mismo que el mío... (desdiciéndose) digo, no... como el mío no, porque yo no lo tengo. En fin, te defendí como una leona, sosteniendo que tú no eres capáz de tomar dinero de ninguna mujer. Claro, había que decirlo así.

FEDERIC. Sigue. ¿Y qué más?

LEONOR. Pues dijo Cornelio... te advierto que se le fué un poco la mano en la bebida... dijo que se había propuesto averiguar... ya me entiendes... y que después de andar muchos días hecho un polizonte, os descubrió el burladero.

FEDERIC. ¿Y dónde... á ver... dónde dijo?...

LEONOR. Se lo calló muy bien callado, por más que los otros le marearon para que cantara.

FEDERIC. Es que no lo sabe.

LEONOR. Ay! no seas tonto. Lo sabe; se le conoce en la manera de decirlo.

FEDERIC. Pues mejor.

LEONOR. Mira, niño, ándate con tiento, porque es muy fácil que te veas envuelto en una cuestión muy mala. Por eso he querido prevenirte.

FEDERIC. Prevenido estoy, suceda lo que quiera.

LEONOR. No te envalentones. Mira que... ¿No temes á Orozco?... Dijo Malibrán que ese señor tiene cataratas, y que él se las va á quitar.

FEDERIC. Pues que se las quite. Mejor...

LEONOR. No digas tal.

FEDERIC. (Exaltado.) ¿Pues qué piensas tú? Si siento vivos deseos de enterarle yo mismo?

LEONOR. ¿Qué dices? Chico, tú no tienes tu cabeza buena. ¡Tú! ¿De manera que tú mismo dejarás al descubierto á la que te quiere tanto?

FEDERIC. Tienes razón... Tú conservas el sentido claro de las cosas, y yo lo he perdido completamente. Siento, pienso y digo los mayores despropósitos... (Con amargura.) Leonorilla... ¡Ay! tú eres la única persona que veo con gusto en esta ruina de mi espíritu. Entre tantas caras que me ponen un ceño antipático y hoseo, sólo la tuya resplandece. ¿Verdad que es raro? Pero siempre ha de haber algo que no se entiende, y lo que no entendemos, adviértelo, es lo que más consuela. Las cosas muy sabidas y muy estudiadas, hastían el alma. Las que se nos presentan en términos vagos, confundiendo nuestra razón, son las que nos confortan y nos alientan.

LEONOR. (Aparte.) No tiene la cabeza buena, no. (Aito.) Pues para consuelo, para medicina de tu alma, aquí me tienes. Sigue mis consejos y verás. No te amilanes. Entre tú y Manolito Infante, cogéis á Malibrán y le metéis el resuello en el cuerpo. Yo puedo decir de él cosas muy feas, pero muy feas... No tenéis más que amenazarle con publicarlas si no calla, y callará como un plato de habas... Así se hacen las cosas... y pecho á los rum-runos, y no hagas caso. Sigues, seguís achantaditos, y quién sabe si al fin, lo que hoy parece un peligro, será tu salvación.

FEDERIC. ¡Salvarme yo! No lo esperes.

LEONOR. Monín, tú estás mal, mal, mal, y el gusano que más te roe por dentro, es ese pícaro... vamos, el no tener... (Señal de dinero.) Si pudieras arreglarte... Si llegaras á contar con un tanto hijo...

- FEDERIC. No hay posibilidad de que cambie mi manera de vivir.
- LEONOR. Pues sí que la hay... ¿Te la digo? Pero no te me enfades. Pues... allá voy... Me parece una barbaridad que pases tantas amarguras, teniendo esa amiga tan ricachona.
- FEDERIC. ¡Leonor! ¡También tú!
- LEONOR. No, miquito, yo no digo que tú le pidas... digo que de ella debiera salir el ofrecerte una cantidad gorda, para que de una vez...
- FEDERIC. (Irritándose.) Quita, quita. Déjame en paz.
- LEONOR. Anda... tonto. Fuera remilgos. (Remedándole.) El honor... la *diznidáz!*... Vámos, que buenos miles podría darte... y algo me había de tocar á mí.
- FEDERIC. (Con tristeza y desaliento.) ¿Por qué me lastimas, por qué me hieres así?
- LEONOR. ¿Te incomodas? Pues tómallo á broma.
- FEDERIC. Te lo tolero como chiste.
- LEONOR. Eso, como chiste. ¿Sabes lo que dice mi marqués? Que el chiste de hoy es la seriedad de mañana.
- FEDERIC. O en otra forma: que arrojas á la calle un chascarrillo, y sin saberlo has plantado la simiente de una tragedia.
- BÁRB. (Entra por el fondo.) Un señor...
- FEDERIC. ¿Quién?... (Aparece Orozco en la puerta del fondo.)
- LEONOR. (Aparte.) ¡El marido de la de Orozco! Yo me las guillo. (Alto.) Quédate con Dios. (Aparte.) Se armó la gorda. (Váse.)

ESCENA III

FEDERICO; OROZCO

- FEDERIC. (Con sorpresa y espanto, al ver avanzar á Orozco.) ¡Otra vez!

- OROZCO. (Con asombro.) ¿Qué?... Soy yo.
- FEDERIC. (Desvariando, excitadísimo.) Tú... sí... ¿qué quieres?... ¡Otra vez ante mí!... déjame, déjame.
- OROZCO. (Inquieto.) ¿Qué es esto?... ¿Qué te ocurre?
- FEDERIC. Por tercera vez me visitas... Basta, basta. Ya te dije que no quiero, que no puedo...
- OROZCO. (Confuso.) ¡Por tercera vez! Pero cuándo...?
- FEDERIC. Anoche...
- OROZCO. ¡Anoche! Tú deliras... ¡Pobre amigo! Si no nos hemos visto desde anteayer, cuando estuvo tu papá en casa...
- FEDERIC. ¡Que no nos hemos visto!... (Turbado.) Tomás... tú no eres tú; no estás realmente aquí... Lo que veo es tu sombra, tu imagen, hechura de mi pensamiento, de esta idea infame, que habiendo agotado dentro de mí sus formas de suplicio, sale y me atormenta desde fuera.
- OROZCO. ¡Qué disparate! Soy yo... Mírame, tócame. (Le abraza cariñosamente.) Soy tu amigo, que te quiero, que deseo salvarte de la miseria, de la deshonra...
- FEDERIC. Ah!... (Dejándose abrazar, vencido de la emoción.) Perdóname... no sé lo que digo... Estoy enfermo... (Despejándose.) Anoche... efecto sin duda de las dificultades que me agobian... tuve horas de eruelísimo insomnio... después intensa fiebre... te ví... entraste en mi alcoba... salté del lecho... hablamos... te dije...
- OROZCO. Vamos, que he venido á ser tu idea fija...
- FEDERIC. Y al romper el día, después de un breve sueño en este sillón... entraste con la claridad del alba...
- OROZCO. ¡Con el alba yo!... (Jovial.) ¡Qué madrugador me he vuelto! Vaya, chico, no más... basta. Acabarás por marearme á mí también... Conste que no nos he-

mos visto... realmente, desde anteayer, y que ahora vengo á tratar contigo... ya supondrás de qué...

FEDERIC. Lo adivino... lo sé... y es inútil...

OROZCO. (Sentándose á su lado.) Aquel día, después de comer, te manifesté... ya lo sabes. Me respondiste que lo pensarías. Y anoche, Augusta me ha llenado de asombro diciéndome que te mostrabas inclinado á rechazar lo que te ofrecemos.

FEDERIC. Le dije... yo creí habértelo dicho también á tí... anoche... Pero pues aseguras que soñé... te lo digo ahora. Tomás, no puedo aceptar.

OROZCO. Pero qué razón...? Dame una razón...

FEDERIC. Que no quiero, que no puedo...

OROZCO. Advierte que es una herencia, herencia un poco extraño en la forma...

FEDERIC. Sí, la forma es hábil, exquisita, como invención de tu ingenio sublime, tan grande como tu generosidad.

OROZCO. No se hable de generosidad... No saques ahora el fastidioso argumento de tu delicadeza.

FEDERIC. Es mi razón suprema... y el único capital del pobre.

OROZCO. Eso es ya ingratitud, orgullo satánico.

FEDERIC. Es que yo sostengo que Satanás era un ángel... muy delicado.

OROZCO. Pase como chiste... Ea, al grano. Díme, ¿cómo te rebaja el beneficio otorgado por un amigo, y no te envilecen otras cosas? Tus expedientes angustiosos y degradantes para vivir no te sonrojan, y en cambio...!

FEDERIC. Es que son hábitos, y ya no puedo vivir sin ellos. Tomás, Tomás, me duele mucho decírtelo; pero te lo diré. Soy vicioso. La idea de una vida sosa y co-

rrecta, con el bienestar acompasado de un modesto rentista, me causa horror. No quiero esa vida, no la quiero. El veneno se ha adaptado á mi naturaleza, y ya no puedo existir sin él.

OROZCO. ¡Palabrería, farsa! ¿Cómo pretendes hacerme creer que prefieres esa vida de sobresaltos...?

FEDERIC. Créelo, sí. Detesto la tranquilidad. No sé cómo hacértelo comprender. Los conflictos diarios, las angustias, el no respirar, el no vivir, la excitante lucha, producenme placer insano. Soy como el borracho incorregible que se siente envenenado por el alcohol, y lo apetece con todas las energías de su naturaleza. Yo apetezco el mal, el picor terrible de las dificultades pecuniarias, las emociones del azar, con sus desmayos hondos y sus alegrías delirantes.

OROZCO. Nada de eso pertenece á la realidad. O es un desvarío de enfermo, ó tus argumentos sirven para ocultar alguna poderosa razón, que ignoro. Hazte cargo de que tu padre, de un modo inconsciente, es quien...

FEDERIC. No nombres á mi padre. Obra tuya es esta idea, esta combinación que tiene una cara divina y un reverso diabólico. Te conozco bien. Tomás, despréciamme, no hagas caso de mí. Yo no merezco ni que me mires siquiera.

OROZCO. No salgas ahora por ese registro de las alabanzas para aturdirme. No hables de generosidad. ¿Te molesta mi protección? Pues nada verás en mí que te la recuerde. ¿Quieres mostrarte ingrato? Mejor. A mí me gusta la ingratitud... Y si las anomalías de tu carácter te llevan á pagar este beneficio con alguna acción fea, aunque sea de las más villanas, á mí no me importa... Mejor. Me agrada recibir